

—Habla pertenecido á Marco Deleon, el  
 panduro que se suicidó hace ya cinco años  
 por una señora valiente. La señora... quizá la  
 conozca usted... la señora de Cera...

—La señora de Cera...  
 —Habla pertenecido á Marco Deleon, el  
 panduro que se suicidó hace ya cinco años  
 por una señora valiente. La señora... quizá la  
 conozca usted... la señora de Cera...

—Habla pertenecido á Marco Deleon, el  
 panduro que se suicidó hace ya cinco años  
 por una señora valiente. La señora... quizá la  
 conozca usted... la señora de Cera...

## LA SIGNORA CHIARA

El profesor Giacomo Tedeschi es un afa-  
 mado curandero de Nápoles. A su casa, siem-  
 pre perfumadísima, y situada junto á la Inco-  
 ronata, acuden toda clase de personas, y par-  
 ticularmente las mozuelas que venden en  
 Santa Lucía los productos del mar.

Despacha drogas para todas las enferme-  
 dades, y arranca, si es preciso, una muela  
 cariada; pero su especialidad consiste en  
 coser, al día siguiente de las fiestas, los des-  
 garrones que los cuchillos hicieron en la piel  
 de los mozos pendencieros; y sabe usar el  
 dialecto de la costa, mezclado con el latín de  
 la escuela, para tranquilizar á sus clientes  
 tendidos en la más amplia, en la más coja, en  
 lá más infausta y en la más grasienta poltro-  
 na que puede hallarse en ninguna ciudad ma-

rítima del Universo. Es un hombre de mediana estatura, de cara abotagada, con ojos verdes y nariz larga que descende sobre la boca sinuosa; sus hombros arqueados, su barriga prominente y sus piernas delgadas, recuerdan al antiguo bufón.

Giacomo casóse, cuando ya era viejo, con la joven Chiara Mammi, hija de un antiguo presidiario muy estimado en Nápoles, que se había establecido de panadero en el Borgo di Santo, y fué muy llorado por todos cuando murió. Madurada al sol que dora las uvas de Torre y las naranjas de Sorrento, la belleza de la señora Chiara aumentó con floreciente esplendor.

El profesor Giacomo Tedeschi cree que su mujer es tan virtuosa como bella. Sabe, además, cuán dominante es el sentimiento del honor femenino en las familias de bandoleros; y sin embargo, sus estudios médicos no le permiten desconocer las perturbaciones y las debilidades á que se halla sujeta la naturaleza de las mujeres. Experimentó alguna inquietud cuando Ascanio Ranieri, de Milán, sastre establecido en la plaza de

los Mártires, convirtiéndose en un asiduo tertulio de su casa. Ascanio era fuerte, hermoso y alegre. Seguramente la hija del heroico Mammi, el panadero patriota, era demasiado napolitana para olvidar sus deberes con un milanés; pero es indudable que Ascanio frecuentaba su casa en ausencia del profesor, y que la señora le recibía complacientemente, sin testigos.

Un día que el profesor volvió á su casa más temprano que de costumbre, sorprendió á Ascanio á los pies de la señora Chiara. Mientras la señora se alejaba con el paso tranquilo de una diosa, Ascanio se incorporó.

Giacomo Tedeschi acercóse á él fingiendo la más viva solicitud:

—Amigo mío, le veo á usted enfermo. Ha hecho muy bien en decidirse á venir. Soy médico, y me consagro á procurar un alivio á todas las miserias humanas. Está usted enfermo, no lo niegue; muy enfermo, muy enfermo... Tiene usted el rostro encendido. Sin duda le duele la cabeza. ¡Qué bien ha hecho usted en venir! Estoy seguro de que

me aguardaba impaciente. ¡Cuánto le dolerá la cabeza!

Y mientras hablaba así, el viejo, forzado como un buey sabino, empujó á Ascanio hacia su gabinete de operaciones, obligándole á sentarse en la ilustre poltrona, sobre la cual había curado, durante cuarenta años, las enfermedades napolitanas.

Luego, sujetóle y añadió:

—Ya sé lo que le pasa: le duelen las muelas. ¡Eso es! Le duelen mucho las muelas.

Y sacó de su estuche una enorme llave de dentista, le abrió con violencia la boca, y le arrancó un diente.

Ascanio huyó escupiendo sangre, mientras el profesor Giacomo Tedeschi gritaba con alegría feroz:

—¡Hermoso diente! ¡Hermoso, hermoso diente!

## LOS JUECES INTEGROS

—He visto—dijo Juan Marteau—jueces íntegros; pero los he visto pintados en un lienzo. Trasládeme á Bélgica para librarme de un juez indiscreto, y obstinado en probar que yo urdía conspiraciones anárquicas. No conocí jamás á los que pudieran ser mis cómplices, ni ellos me conocieron. Mi juez no reparó nunca en pequeñeces; para él no hubo dificultades; enjuiciaba con desenvoltura é imponía sus decisiones sin atender á lo que pudiera destruirlas ó contrariarlas. Aquella manía me pareció temible. Trasládeme á Bélgica y me detuve en Amberes, donde conseguí colocarme de mancebo en una abacería. Un domingo vi dos jueces íntegros en un cuadro de Mabuse, en el Museo. Pertenecen á una raza judicial que ya no exis-